severancia por amor de Jesus y de María, y dirá muchas veces que las gracias de Dios, y sobre todo, el don de perseverancia, no se alcanzan sino cuando se piden: *Petite et accipietis.* Publique continuamente aquella gran promesa del Salvador, que todo lo que pidiéremos á su Padre en su nombre, nos lo dará: *Amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dadit vobis* (1). Recomiende tambien la práctica de la oracion mental, y procure tenerla todos los dias, ó á lo menos los festivos, en la iglesia con su pueblo, enseñando asimismo el método de hacerla en casa; por eso he indicado en el número 300 y siguientes la necesidad de la oracion mental, y el método práctico de hacerla.

ADVERTENCIAS DE SAN FRANCISCO JAVIER.—4.42. La gracia y el amor de nuestro Señor Jesucristo sean con vos. Me interesa demasiado la caridad en todo lo que os toca, para que os deje ir á la mision de Ormuz, tan trabajosa é importante, sin participaros lo que juzgo que os pueda ayudar.

Debo, pues, deciros, en primer lugar, que pongais vuestro conato principal y mas eficaz en vos mismo, sin hacer caso mas que de la gloria de Dios y de vuestro adelantamiento en las virtudes, para su mayor servicio. Moviéndoos estas dos intenciones, sereis igualmente dichoso y discreto para ganar las almas, y os bajareis con gusto á todos los ejercicios de la humildad y piedad cristiana. Por tanto, os recomiendo que enseñeis vos mismo la doctrina á los hijos de los portugueses, á la gente baja, á los criados y á los pobres esclavos. A este fin, todos los dias, á cosa del medio dia, tomareis una campanilla, y dareis una vuelta por la

[1] Joan. XVI.

ciudad con vuestro compañero, convidándolos en alta voz á concurrir á la iglesia, donde los hareis rezar á todos juntos las oraciones diarias y algun artículo de la doctrina, que pronunciareis clara y pausadamente, para que puedan ellos repetirle con vos. Por muy ocupado que esteis, no os priveis del mérito de este santo ejercicio, ni confieis á otro una comision tan santa y honrosa, porque instruyendo á los pequeños, edificareis á los mas grandes; y estos oficios de humildad han recibido de Dios una ventaja sobre los demas, que ganan mas almas, no solo para el Señor, sino para el mismo que los practica.

Pero para seguir algun órden en las advertencias que pienso daros en este escrito, y comenzando por vuestra navegacion, cuidareis, durante el viage, de informaros diestramente en el buque, entre otras cosas, de las costumbres del pueblo de Ormuz, y de los vicios que dominan dentro y fuera de la ciudad. Dirigíos, pues, á personas que puedan hablar de este punto con conocimiento y sin pasion, y sabed qué género de tráficos, contratos y sociedades andan válidas allí; qué corrupciones, dilaciones, trampas y falsedades se practican en el foro, y qué desórden puede haber en todas las partes de la república, porque si no ignorais los males, mas fácilmente hallareis los remedios, y este conocimiento, que os hará mas fervoroso, no solo para pedir á Dios, sino para tratar con las almas y predicarles segun sus necesidades, estoy seguro que os servirá tanto como la leccion de los libros (que tampoco ha de olvidarse), ó mas. Por mi parte, siempre he hallado que este descubrimiento me era utilísimo, y que sin él caminaba á tientas en los asuntos de nuestro ministerio.

Visitareis con frecuencia á los enfermos, hasta

los del hospital general, y despues de advertirles que el orígen mas ordinario de las enfermedades del cuerpo son las del alma y los pecados, los atraereis suavemente á buscar la paz de sus conciencias, para que quitando la causa, se libren del efecto. Así, luego que los hayais confesado despacio, les repartireis el *pan de vida*, y recomendándolas con afecto al hospitalero, procurareis tambien por vuestra parte remediar sus necesidades.

Obrad del mismo modo con los presos, exhortándolos á recobrar la completa libertad del espíritu por medio de la confesion general, porque hallareis muchos entre grillos y en los calabozos, que están de antemano aprisionados en las cadenas de Satanás, y son mas presos de alma que de cuerpo: los mas de los que allí se pudren, tal vez no se han confesado nunca bien de los crímenes por que están encarcelados.

Procurad ganaros el afecto de los hermanos *de la misericordia*, para que podais recomendarles con fruto vuestros presos y enfermos del hospital, y sirva su autoridad para enfrenar la pasion de los que tratasen mal; pero ademas de este apoyo, proporcionadles tambien algun socorro de limosnas, aunque sin usurpar las atribuciones de la misericordia, porque debeis manteneros absolutamente en buena armonía con ella, y para eso, cuando os lleven alguna restitucion notable, no la toqueis, sino haced depositar la cantidad en manos del tesorero de la hermandad. Aunque en la ciudad no dejareis de encontrar muchas personas y necesidades urgentes en que podria emplearse muy oportunamente este dinero, sin embargo, seria fácil que os engañasen, porque á veces hay demasiados pordioseros que trafican con una pobreza fingida, y

tienen bastante artificio para prevalerse de nuestra sencillez en perjuicio de los verdaderos pobres; y como los hermanos de la *misericordia* conocen la gente, no se dejarán embaucar tan fácilmente. Por tanto, os quitareis un trabajo y un riesgo encargándoles semejantes distribuciones, y ellos las harán sin duda con mas igualdad, y serán menos censurados, porque conocen mas particularmente las necesidades de cada uno. Solo despues de una larga y fatal esperiencia podriais creer de cuántas incomodidades os librareis cometiendo esto á la prudencia de aquellos hermanos, porque, en primer lugar, si os empeñais en ser el proveedor de los pobres, os vereis abrumado de una infinidad de importunos que no os buscarán mas que para pediros pan, en vez de ejercer vuestra caridad en bien de sus almas, lo cual no sucederá si saben que solo manejais los asuntos de conciencia, y no os mezclais en otra cosa que en proporcionar el bien espiritual. En segundo lugar, no podeis impedir que las lenguas critiquen vuestras intenciones y murmuren de toda vuestra administracion; y hasta aquellos mismos que os hayan puesto el dinero en la mano, serán los primeros que conciban sospechas y formen quejas si no haceis la distribucion segun su idea, aunque no os la hayan descubierto. Y luego, ¿qué sabeis si dirán algunos que los habeis violentado para que os entreguen tal cantidad, y que vuestro confesonario, so pretesto de piedad y restitucion, no es mas que una oficina de esaccion y avaricia para distraer á vuestros usos y comodidades todo el botin que haceis en ella? Vale, pues, mas dejar todo este manejo á otras personas en quienes hallen menos que morder la envidia y la suspicacia. No es esto decir que si una vez ó dos os mueven á obrar de otra

manera la necesidad y la disposicion de las cosas, no tengais libertad para seguir los movimientos de la caridad y las reglas de la prudencia, para el mayor bien de las almas y gloria de Dios.

Observad tambien mucha prudencia y reserva en todas vuestras pláticas, aunque sea con vuestros mejores amigos, y medid de tal modo vuestras palabras y acciones con ellos, como si los que hoy son los mas íntimos, debieran convertirse mañana en vuestros enemigos y delatores. Esta precaucion, ademas de mantener el alma en su deber, cuando las privanzas y agasajos de los amigos sonsacan, por decirlo así, la prudencia, y desatan la lengua completamente en licencias é indiscreciones irreparables, será tambien causa de que vuestros buenos amigos que os vean siempre dentro de los términos de la modestia, os profesen mucho mayor respeto y amor, y aun cuando tuviesen designio de dejar vuestra amistad, no podrán hacerlo con motivo y sin verguenza. Ved, pues, cómo esta mácsima de prudencia os reportará siempre honra y provecho, y no solo impedirá que los otros os dañen, sino que hará que vos aprovecheis mucho mas, porque cuanto menos disipeis vuestro corazon, mas se llenará de Dios y de vuestro conocimiento propio, sin el cual no produce el corazon humano otra cosa que monstruos de vicios, y vanidades y libertinages, que disgustan á los amigos, irritan á los enemigos, y les dan motivos de desacreditaros.

En cuanto al señor vicario general, no me contentaré con que le tributeis respeto y obediencia, si ésta no es muy señalada y perfecta. Así, en cuanto llegueis al lugar de su residencia, postraos á sus piés hincado de rodillas, y besadle humildísimamente la mano, pidiéndole, con su bendicion,

licencia de predicar y confesar. Nunca os pongais mal con él por ninguna ofensa ni repulsa; al contrario, estas desgracias, si Dios las permite, han de serviros de nuevos motivos para buscar con mas ardor el favor de su amistad por todo camino de humildad y decoro religioso, procurando ganarle el corazon, y pidiendo con instancias á Dios esta gracia, á fin de atraerle á los ejercicios espirituales, y hacerle mas piadoso y propio á vuestros intentos.

Proceded proporcionalmente del mismo modo con todos los individuos del clero, no dejando pasar ninguna ocasion para que se pongan en vuestras manos para recibir el cultivo de las mismas meditaciones, y sacar mas sólida devocion de aquellas fuentes saludables.

En cuanto á los gobernadores, vuestro servicio y obediencia deben, si es posible, anticiparse á sus mandatos en todo lo que toca á su autoridad, mostrándoos tan ejemplar en esto, que donde quiera que se vean sus órdenes, pueda sacarse una consecuencia infalible de vuestra obediencia y sumision.

Así, de súbdito suyo llegareis á ser su amigo hasta poderlos obligar á los ejercicios y hacerlos mas útiles al servicio de Dios y de la Iglesia con el acrecentamiento de la devocion. Si acontece que caigan en alguna culpa escandalosa, aprovechad diestramente la ocasion de sacar la conversacion para manifestarles primeramente el gran quebranto que recibis de su difamacion; y luego continuad con el mismo respeto y sentimiento, pintándoles en tales términos todo su mal, en relacion de los diversos rumores que corren de ellos, que puedan mirar y reconocer por aquí la fealdad de su vicio.

Pero por mucha dureza y habilidad que os prometais emplear en estas amonestaciones, es menester no intentarlas si no hay gran esperanza de que sal-

gan bien, porque de otro modo vale mas desistir absolutamente de ellas, que comprar caro un funesto arrepentimiento, y afanarse mucho para malquistarse.

Enseñad á menudo al pueblo el método de orar y ecsaminar la conciencia, para que cuando le sepan suficientemente, podais imponerle por penitencia á los que se confiesan, pues yo he esperimentado, que habiendo empezado por via de obligacion durante algun tiempo, continúa haciéndolo por devocion. Tambien será bueno fijar el mismo método de oracion y ecsámen á las puertas de la iglesia, para que todos puedan verle y copiarle para su uso.

En cuanto á los sermones, es convenientísimo predicarlos con tanta frecuencia, como os permitan vuestras fuerzas, porque toman parte en ellos mas almas que en otros misterios. La palabra de Dios es el pan de sus hijos, que es menester partirles con tal agrado, que hallen un sustento gustoso en él. Así, no solo la diccion, sino hasta la doctrina debe ser clara, cierta, moral y provechosa, dejando para las escuelas las sutilezas, las cosas dudosas y las quisquillas. Cuando reprendais el vicio en el púlpito, no nombreis á nadie y mostrad que os mueven dos cosas, la ofensa de Dios, sumamente bueno, y la compasion de los pecadores, que por nada atraen sobre sus cabezas una desgracia estremada y eterna. Tocad á menudo el punto de la incertidumbre de esta vida y la certeza y la sorpresa de la muerte, aun cuando es repentina. A lo menos, de paso, sazonad todos vuestros sermones con algun suceso de la pasion de Jesus, aun cuando no sea sino por via de coloquio, ya de un pecador con el Salvador moribundo, ya del Señor con ó contra el pecador, mezclando los atractivos de la dulzura con las saetas de la ira y de la es-

peranza, y llevando siempre por objeto la contricion y conversion de los pecadores, con la recomendacion de los sacramentos, y de las prácticas de la santa Iglesia, especialmente del uso de la confesion y comunion.

No dejeis nunca los sermones por oir las confesiones, posponiendo el bien comun al particular, ni tampoco el ejercicio de la doctrina cristiana por otras obras del servicio de Dios, porque aquel es uno de los mas provechosos y necesarios al público, y de los mas propios de nuestro instituto.

Emplead todo el tiempo que podais en la conversion de los infieles, y en la dilatacion del reino de Jesucristo, y dad buena cuenta del feliz écsito de vuestros arbitrios y afanes en este punto al obispo de Goa.

Vuestro porte ha de ser agradable, risueño y sereno, para que no seais de aquellos rostros pálidos que asustan y rechazan á la gente, la cual tiene ya por otra parte demasiada aversion á las cosas buenas, si no se suavizan y facilitan mucho. Así, no dejeis nunca el santo gozo que corresponde á los siervos de Dios, ni aun cuando sea preciso reprender el vicio de algun particular, porque entonces hay que emplear tanta caridad y agrado, que se vea que combatís la culpa y no os dirigís á la persona.

Dedicad todos los dias una parte del tiempo y de vuestra diligencia á la reconciliacion de los que están en pleitos y enemistades, para que al partir del lugar de vuestra mision, podais decir como nuestro Señor: *Os dejo la paz.* Y por cuanto para pacificar los ánimos, es menester muchas veces combatir sus pasiones con otras pasiones mas violentas, sirve sobremanera cogerlos por el interés, haciéndoles ver que un pleito les causará mas gas-

tos y cuidados de lo que vale la cosa. Bien sé que estos pacificadores y amigables componedores de asuntos litigiosos no gustan á los abogados ni á los procuradores; pero es preciso combatir el mal en su orígen y hacer grandes esfuerzos para reducir á esta clase de personas á la vida devota y al temor de Dios por medio de los ejercicios y del uso de los sacramentos, porque ganando á aquellos, que son los forjadores de todos los enredos, será fácil sofocar esas guerras civiles de pleitos, y librar al pueblo de este cuarto azote de Dios, que pierde mas almas que la peste y el hambre.

Si alguna vez encontrais de esos pecadores que han hecho un convenio con la muerte y el infierno, y no quieren oir hablar de apartarse de sus deshonestidades, rapiñas, usuras y enemistades, aunque tengan horror á los remedios y á los que les hablan de ellos, es menester obstinarse con la gracia de Dios, en curarlos y hacer por su salvacion tantos esfuerzos, á lo menos como hace el diablo para perderlos. Emplearéis, pues, todos los ausilios divinos y humanos, y mirareis tales acciones como vuestra obra capital, refiriendo á esto todos vuestros suspiros, cuidados, devociones, penitencias y arbitrios: me parece que si no son del todo insensatos, deberia empezarse suavemente con las consideraciones del amor y de la reverencia que deben á su Señor y Salvador único Jesucristo, esponiéndoles las delicias infinitas y el poderío indeclinable de este Rey de la gloria. De aquí se ha de pasar á las amenazas de una muerte azarosa que pende ya sobre sus cabezas, y proponerles los tormentos eternos, que se seguirán instantáneamente á su muerte. Si ni el amor de Dios, ni el temor del infierno hieren aquellos corazones de pedernal, aun será provechoso aguijonearlos fuer-

temente con los castigos sensibles que envia la venganza del cielo, tarde ó temprano, á los que la provocan. Es menester, pues, ostentar todos los instrumentos de la ira de Dios, que forman un infierno anticipado desde esta vida, como son las enfermedades largas é incurables, las pérdidas irreparables, la pobreza, la infamia, el trastorno de las familias, la muerte de padres é hijos, la prision el naufragio, las afrentas atroces, la traicion de un amigo falso, las injurias insufribles de un enemigo victorioso y cruel, la deshonra de las mugeres ó de las hijas, el frenesí, la rabia y otros mil accidentes que están como á sueldo de la justicia divina para vengarla de los impíos que se atreven á provocarla; porque una pintura viva de estas cosas sensibles, suele despertar á esas almas carnales que no filosofan sino segun las mácsimas de los animales, ni sienten mas que los males presentes aunque los de la eternidad sean infinitamente mas temibles.

Pero para tentar la llaga hasta el fondo, como esta insensibilidad proviene únicamente de un olvido total de Dios y de un completo abandono de la conciencia, conviene encender en ellos las centellas de la fé, si no se ha estinguido del todo, y hacerles conocer que el ateismo es el pecado de la habituacion al pecado, porque es muy cierto que Dios al entregar estas almas rebeldes al verdugo mas cruel de todos, que es *el sentido réprobo*, permite con justicia que les falte hasta la razon, así como la luz sobrenatural, tanto que no elevándose mas que los brutos, ni creyendo sino aquello que pueden tocar ú olfatear, pierden con la razon el temor de la última desgracia, que es perder á Dios y perderse ellos para siempre.

Aun hay mas, porque entre estos hombres perdidos de conciencia, los hallareis tan taimados é

hipócritas, que hasta buscarán vuestra amistad por todos caminos, no para alcanzar la gracia de Dios por vuestro medio, sino para taparos la boca á las justas reprensiones que podriais darles, y para grangear la fama de hombres de bien, á espensas de vuestro tiempo y familiaridad. Mas el remedio de este mal, consiste en estar alerta para no dejarse sorprender con los encantos y artificios de estos engañadores, y si os convidan alguna vez á comer ú os hacen presentes, huid de ellos como de redes que se tienden á vuestra libertad y al cargo que teneis de reprender á los que obran mal, no porque se los haya de desairar á la primera vez, sino que aceptando la primera que os conviden á ir á comer á su casa, los convidareis igualmente á confesarse; y cuando conozcais despues de muchas súplicas é instancias que no es esa su voluntad, entonces les declarareis que si no quieren emplear de otro modo vuestro servicio y amistad, es mas conveniente que le dejen, y que vos por vuestra parte, renunciais enteramente á la amistad de los que quieren vivir en la enemistad de Dios. La repulsa de los presentes no se entiende de los pequeños, como frutas y otros dones de poca entidad, que no empeñan tanto cuando se reciben, como ofenden cuando se desechan: hablo de aquellos dones de mucho precio que ligan á los que los toman, y os fuerzan á ser ingrato ó esclavo. Si alguna vez os enviasen una gran contidad de comestibles, será bueno que los remitais á las cárceles ó al hospital, para que se sepa que los pobres han tenido la mejor parte de ellos, y que apenas os habeis reservado alguna cosa. Esta obra de misericordia os dará ocasion de practicar la abstinencia y la pobreza; y ademas, dando alivio á los otros pobres, manifestareis vuestro buen ejemplo á todo el mun-

do, y ahorrareis á los que os hayan enviado aquella limosma, el disgusto que sin duda les causareis rehusándola y devolviéndola á su casa.

Ahora, cuando emprendais la curacion de una conciencia muy ulcerada y que haya estado encenagada mucho tiempo en los vicios, no pongais mano sin conocer antes perfectamente todas sus inclinaciones, afectos é índole. Por lo cual es menester percibir primeramente si aquella persona adolece entonces de alguna mala pasion que pueda causarle ó distraccion ú horror al negocio de su salvacion, porque si aquella alma está en sí y tiene tanta tranquilidad y paz interior como se necesita para escuchar tranquilamente y pesar con madurez una amonestacion bien hecha y fundada, podreis entonces decirle prudentemente todo lo que convenga; pero si está agitada de la ira ó del amor desordenado, ó de algun dolor agudo, habrá que dejar esta resolucion para otro tiempo, y dilatando la amonestacion, no acercarse por entonces á aquel corazon sino por via de insinuacion y de alguna plática suave y amable. Si se deja mover por estos primeros atractivos, podreis acometerla un poco mas de cerca, pintándole cuánta importancia y mérito tiene incomparablemente el negocio de la eternidad sobre cualquier otro entre los pensamientos y cuidados mas justos de los hombres, y sin embargo, cuán olvidado, despreciado y aun contradicho es en nuestras almas, introduciéndole en particular alguna saeta ligera que le advierta blandamente, y que no haga mas que rozarle un poco.

Si esta segunda acometida sale bien, habrá de pasarse adelante y hacerle alguna advertencia un poco mas eficaz y formal. Por último, cuando le hayais reducido enteramente á vuestro dominio, le propondreis leyes de completa enmienda, y le pres-

cribireis no solo medicinas para lo pasado, sino tambien preservativos para lo porvenir.

El método que debeis seguir para aplacar y curar las pasiones del alma, consiste en procurar el apartamiento del objeto que las inflama, y luego minorar la estimacion escesiva que se hace del sugeto que suscita aquellas turbaciones y desórdenes en el ánimo, porque no hay nada que calme mas pronto ó la tristeza ó la cólera, que cuando se hace ver claramente que la cosa no es tan grande en efecto como lo parece á nuestra imaginacion. Si lo que enciende la cólera es una ofensa recibida, ha de decirse al ofendido, que seria una sinrazon imputar á malicia lo que solo proviene de error é imprudencia: que Dios es el que venga las ofensas que ha recibido de él por aquella que le hace sufrir: que por ventura se queja de un estraño, habiendo él obrado peor con sus parientes mas cercanos y sus mejores amigos; y que si todos los dias tantas personas inocentes sufren animosamente injurias mucho mas sensibles, por qué ha de rehusar él satisfacer á la justicia divina, que tiene tantas quejas contra él y le trata con tanta moderacion.

Y porque las pasiones participan en algun modo de la sordera, aletargando el alma y disipando los buenos pensamientos, es menester inculcar y repetir estas cosas tanto como lo permitan vuestra prudencia y su paciencia. Lo que he dicho de la ira puede aplicarse fácilmente á la curacion de las otras pasiones. Pero insistireis en este punto, que aunque parezca á vuestro penitente que su pasion es legítima, y que la injuria de que se queja es tan verdadera como sensible, sin embargo, si quiere tomarse el trabajo de mirarse un poco y consultar la verdad despacio, despues de revisar mas de cer-

ca todos los documentos del hecho, hallará que las mas de las cosas que alborotan tanto su imaginacion, no tienen otra subsistencia que la que él mismo les da. Así, cuando le hayais desengañado poco á poco, tal vez con una sonrisa y rostro placentero podreis disipar toda la nube de aquella mohina, y despues, segun la condicion é inclinacion de la persona, le pintareis en tono amistoso todo lo que debe hacer para aplacar enteramente aquella turbacion.

A mas del aparato que hay que aplicar á las pasiones, estimo sobre todo el método de purificar bien las conciencias, aun las de los pecadores mas insignes: así, cuando tengais que tratar con tales penitentes, especialmente si son grandes mercaderes, jueces, recaudadores de tributos, capitanes ó gobernadores, deseo que hagais ciertas cosas antes de la confesion, otras durante ella, y otras despues.

Antes de sentaros en el tribunal donde la misma persona que comparece debe ser el delator, el testigo y el reo, en cuanto hayais conocido que es una alma muy culpada y poco versada en este juicio, le prevendreis que se tome dos ó tres dias de tiempo, por lo menos, para recordar todos los capítulos de acusacion que debe hacer, y recorrer todas las acciones, épocas, lugares y negocios de su vida pasada, entresacando de ella los pecados y escribiéndolos por órden en un papel, si su memoria no es muy feliz: al mismo tiempo le manifestareis que la mejor parte de la preparacion, no solo consiste en la sola instruccion del proceso ni en la recordacion de los pecados, sino en el dolor y confusion interior, que se ha de procurar sentir y pedir con instancias al Espíritu Santo (el cual sabe tocar los corazones cuando quiere), para que no

se haga la confesion como la relacion de una historia indiferente, sino como una acusacion llena de sentimiento y de un justo odio de sí mismo. Es conveniente tambien para ciertas personas, como son los asentistas y otros empleados públicos, ó los que trafican con fondos de otro, que os informen plenamente cómo los manejan, si cometen monopolios, concusiones, desórdenes y dilaciones en el pago de las rentas, si están en connivencia con los que usan pesos faltos, con los que ejercen injusticias, vejaciones y contratos usurarios é ilícitos, preguntándoles en particular acerca de lo que puede tocarles, porque si no, como los desórdenes pasan á ser costumbres y leyes, no hacen escrúpulo.

Si durante la confesion se apoderasen de tal modo del corazon del penitente la amargura y verguenza de los pecados, que llegasen á trabarle la lengua, como suele suceder cuando son enormes la calidad y cantidad de aquellos, es menester abstenerse de contribuir de ningun modo á aquel temor con señales de admiracion, ni con palabras ni suspiros, sino antes bien, con un rostro amoroso y compasivo alentar el alma en los apuros de aquel parto, y emplear todos los atractivos de la bondad y las delicias del Espíritu Santo *para sacar la serpiente tortuosa de su nido*, imitando la destreza de las parteras. Es menester, pues, á veces, ponderar altamente las grandezas de la misericordia de Dios, que cuando quiere no tiene otros límites que su poder; y otras veces rebajar y minorar la opinion escesiva que tiene el alma de sus desórdenes, y achacar una parte de la culpa á flaqueza, otra á ignorancia, y otra á los ardides de Satanás y á las violencias de las pasiones, hasta tanto que se recobre el ánimo para descargar enteramente todo el peso de sus culpas y vomitar el veneno de sus pecados.

Tambien sirve de mucho hacerle entender que el mayor de todos ellos es abusar de la medicina soberana, haciendo no solo imperfecta, sino totalmente nula la confesion, y no solo inútil, sino tan perjudicial, que de un sacramento se hace un sacrilegio peor que todos los crímenes que se quieren atajar, porque es convertir la medicina en ponzoña. Pero para combatir esta verguenza tan perniciosa y mortal, por todos los medios, pudiera ser uno de los mejores asegurar al penitente que hemos curado muchas veces almas mucho mas criminales y perdidas. Si el miedo y el deshonor le sirven todavía de demonio sordo y mudo, es menester poner en práctica por último remedio una santa resolucion (aunque rara vez y con gran cautela), que consiste en declarar al penitente nuestras propias miserias, y descubrirle en pocas palabras todo lo que nos costó mas trabajo confesar en nuestra juventud. Este artificio caritativo ha tenido algunas veces buen suceso, y yo os diria mas si quisiera prevenir todo lo que debe enseñaros la esperiencia; pero á lo menos os acordareis de tener siempre el ánimo de vuestro penitente á sus anchas mientras le veais vacilante y con dificultad de declararse, ya engrandeciéndole la caridad del Salvador, que quiso morir con los brazos y el corazon abierto para recibirle á todas horas, ya presentando los nombres de tantas almas grandes, en las cuales superabundaron con esceso la gracia y la santidad despues de la infamia de mil abominaciones, y que él pudiera ser uno de estos si usase ahora de tanta confianza y franqueza para con Dios en descubrir sus pecados, y de tanta resolucion para apartarse de ellos en adelante.

Pero luego que le hayais hecho declarar todas sus culpas, y estrujado enteramente y supurado la po-

dredumbre de sus llagas, poneos entonces del lado de la conciencia, y pintadle la verguenza, multitud y atrocidad de sus crímenes, con tanta energía y acrimonia como se necesite para reducirle al término de la contricion y de la entera detestacion de su vida, recordándole los castigos inevitables de la justicia de Dios, el cual está obligado á tomar por sí mismo la satisfaccion, si el pecador no se la da.

Como es conveniente muchas veces tratar en particular con los magistrados y negociantes, de ciertos puntos de trascendencia, en que hay que ilustrarlos antes de entrar en el tribunal de la confesion, ya para ayudar su memoria descubriendo las materias generales que pueden corresponderles, ya para ponerse de acuerdo con ellos sobre muchas mácsimas y resoluciones de conciencia de que tal vez estén mal informados, á veces tambien es necesario despues de la confesion dilatar la absolucion hasta de allí á algunos dias cuando el pecador no traiga suficiente dolor y deseo de la enmienda, ó cuando habiendo prometido muchas veces hacer restituciones ó dejar las ocasiones de pecar, cae siempre en falta culpable. A semejantes personas es muy bueno y hasta necesario darles tres ó cuatro dias, durante los cuales puedan leer y meditar las razones que hay de verter lágrimas sobre la sangre del Hijo de Dios para la eterna expiacion de sus ofensas, y ademas de los diferentes motivos de contricion que han de rumiar, obligarlos en ese tiempo á reconciliarse con sus enemigos, á apartarse de la ocasion pecaminosa que mantienen en su casa, á restituir á aquellos cuya hacienda retienen, y á romper así las otras cadenas de que no se han desprendido nunca bien; porque como hay mucha distancia de prometer á cumplir, es forzoso, despues que han faltado á la fidelidad con los otros

confesores, hacerlos ejecutar antes de la absolucion aquello que han olvidado siempre cumplir, no habiendo en el mundo mejor fianza de las promesas, que el cumplimiento anticipado.

Tambien hallareis algunas almas (Dios quiera que sean pocas) que duden de los fundamentos de la fé, no sabiendo qué creer de las cosas de la otra vida, ni de los sacramentos, señaladamente de la Santísima Eucaristía, tanto porque hayan perdido la aficion á ella, así como el uso, *habiéndose manchado el corazon con el olvido de comer su pan*, cuanto por el contagio de diversos espíritus que alientan en Ormuz, como hacen los judíos, los paganos, los sarracenos, los armenios, los georgianos, los abisinios, los ateos, ó por la mala vida de los sacerdotes, la cual desacredita increiblemente la magestad de este misterio tan augusto. El medio, pues, de ganarlos, es sacarles con tiempo de la boca y del corazon todas las espinas de las dificultades y dudas que tienen, y luego, acomodándose á su flaqueza, enseñarles claramente y resolver con precision sus objeciones é ignorancias, sin dejarlos hasta que queden en la firme persuasion de que el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está debajo del velo de aquellas especies. Pero en cuanto hayais hecho revivir el gérmen de la fé en ellos, el médio soberano de nutrirla y fortalecerla es el uso frecuente y piadoso del mismo sacramento. Todavía queda una parte peligrosa de la conversacion, sobre la cual debe velar grandemente la prudencia del siervo de Dios, y es por lo tocante á las mugeres, á las cuales no hablareis nunca (de cualquier condicion que sean) sino en parage público y que esté patente á los ojos de todo el mundo, como es la iglesia, porque el ir á sus casas no puede aconsejarse ni permitirse sino en caso de enferme-